

Voces en mi cabeza

Leo Timossi

Image not found.

Capítulo 1

La escena es desoladora. Ya no le queda absolutamente nada a lo que anclar su tristeza.

Pierre Lemaitre.

Desde la semana pasada volvieron a sonar las voces en mi cabeza. Hacía rato que no me pasaba; había logrado apagarlas. Pero volvieron, ya están de vuelta. No sé por qué.

Pasó de un día para otro: primero aparecieron en sueños. Decidí ignorar la primera noche, pero desde ahí se sucedieron todas hasta hoy. Cambiaban los escenarios, los actores de reparto, pero sistemáticamente repetíamos los protagonistas. Algún beso, manos que se encontraban, una única línea, que asomaba angustiada.

¿Ya está?

En esta historia yo soy el único que habla. Hasta esta madrugada no tuve respuesta. *Yo estoy bien*, me dijo por vez primera. Cuando me desperté, creer o reventar, descubrí que sí, que ya estaba. Y lloré de alegría, sí; pero de soledad, también. Entendí que, sí ya estaba, a lo mejor nuestros esotéricos encuentros se terminaron para siempre.

El cielo estaba nublado y yo tenía las piernas cruzadas cuando le conté a mi psicóloga que habían vuelto las voces en mi cabeza. Miraba por la ventana el techo derruido de alguna edificación de la que tiempo atrás elogí su arquitectura: tiempo atrás todavía me enamoraba de esas cosas. Todavía me enamoraba.

Venías tan bien, soltó ella y yo le dije que sí, que evidentemente estábamos ante un retroceso. Porque en ese momento, mientras yo estaba con las piernas cruzadas en su consultorio mirando por la ventana la arquitectura de un edificio que solía admirar, las voces me martillaban sin pausa.

Volvamos al principio, escupió exhausta. Cómo empezaste a callar esas voces, preguntó. Con música. Música y corridas. Ya bajé diez kilos desde que comenzaron a hablarme. Al principio me emocionó, pero ahora que entiendo que la carne no vale, me siento sin fuerzas. Hoy, nomás, salí a sellar corridas melódicas un par de veces. Tal vez lo haga una tercera. Es que no se callan, inexpugnables.

Quizá, por primera vez desde que aprendí a reconocer lo mal que venía llevando el asunto, creí demasiado en mi recuperación. Y ahora, indefenso, me veo de nuevo en el consultorio, con las piernas cruzadas, mirando por la ventana ese edificio que cuando la voz tenía cuerpo, yo le supe señalar. Y me acuerdo, registro claramente la decodificación de su último mensaje. *Ya está, todo listo, decía. Ahora te toca saltar.*